

EL MISTERIO DEL SALÓN 111

BETUEL BONILLA ROJAS

-GABY-

El colegio en el que estudié la secundaria está estratégicamente situado, a pocas cuadras de lo que hoy es el cementerio Central —lugar al que van a reposar las almas de los pobres—, y lo que hasta hace un par de décadas fue la cárcel municipal. Esta posición, según entendidos en la materia, hace que entre las aulas habiten almas perdidas que deambulan buscando un lugar donde guarecerse de sus penas, energías que, en uno u otro de esos dos lugares vecinos, salieron disparadas cuando el cuerpo dejó de existir. Probablemente, y así prefiero creerlo, fue esta situación la que me permitirá explicar, parcialmente, los sucesos que ocurrieron aquella terrible noche. Cursaba por entonces el grado sexto, es decir que estaba en una edad en la que la conciencia es todavía proclive a sugerencias provenientes de figuras que se van formando al vaivén del viento, monstruos que van apareciendo en medio de las ramas de los árboles, vampiros que se esconden entre las cortinas que se levantan y permiten el paso de luces fantasmagóricas o historias asombrosas que los adultos cuentan para intimidar a niños desobedientes. Era, está claro, un alma altamente sugestionable.

Desde luego, nada de esto, a la luz de cómo veo las cosas hoy, hace que dude de los hechos que ocurrieron. Tomaba clases en la jornada de la tarde, en el segundo piso, en un salón ubicado en una esquina desde la cual se veía el campo de microfútbol. Por uno de los pasillos, el de la derecha, se llegaba hasta la biblioteca, que quedaba cerca, trazando una línea diagonal, y por el otro se transitaba, en línea recta, entre salones de cuyas puertas sólo tenía llaves el celador, y que permanecían herméticamente cerradas porque esa ala del colegio se acababa de inaugurar y los salones aún permanecían en construcción. Sobra decir que, como en un buen colegio público, en aras de aprovechar cualquier rincón, había quedado poco espacio para el ingreso de la luz solar, pues los pasillos se apretujaban entre sí conformando una especie de laberinto, circunstancia que se sumaba a que, sobre el piso, se desplegaba un tendido de baldosas grises y verdes, cuadritos percudidos en tonos mortuorios que absorbían la poca luz natural que lograba colarse por las altas barandas que encerraban los dos pasillos. Mi horario de clases iba hasta las seis y cuarenta y cinco de la tarde, por lo que, sobre las cuatro, se encendía el tendido de luces de los pasillos, que se apagaban apenas el celador de

la puerta principal veía asomar la cabeza de alguno de los estudiantes del curso, señal de que la jornada escolar había terminado. Como la última clase de los viernes era la de dibujo técnico, la que más me gustaba, acostumbraba desplegar un variado menú de compases, reglas, tintas chinas y lápices de distintas características, pues todo esto garantizaba que mis planchas fueran las más bonitas del curso, un don por el que había sido destacado en varias ocasiones por el profesor, lo que me llenaba de regocijo, y un honor que no estaba dispuesto a ceder a ninguno de mis odiosos y envidiosos compañeros de clase.

Desde luego, todo esto lo hice antes de aquella tarde. Porque fue esa maldita tarde, sobre las seis y cincuenta, que mis costumbres de estudiante honorable cambiaron drásticamente y las clases de dibujo se convirtieron en un calvario, la más terrorífica de las jornadas, algo que el profesor, una vez enterado de los sucesos, terminó por comprender. Y cambiaron porque, dentro de mi rutina de estudiante inquieto, había advertido que, a un lado de las escaleras que servían de ruta de evacuación, cerca la biblioteca, habían levantado un salón, identificado con el número 111, que permanecía severa y celosamente cerrado, pues nunca, en todo el año, algún celador de los que subían a hacer el recorrido de seguridad había osado abrir aquella puerta. Permanecía clausurado, pues estudiantes y profesores pasaban por el lado, camino al aula, sin preguntarse qué secretos podían alojarse detrás de esa puerta cerrada. Esta puerta café, de madera apolillada, permanecía asegurada con un enorme candado que, a veces, por el escaso viento que entraba, se frotaba contra ella y producía un chirrido. Suponíamos que dicho salón no tenía alumbrado artificial, aunque, por la luz que se colaba por las hendidias de las ventanas que daban al exterior del colegio, entraba un destello sutil en el cual se proyectaba, en el centro del mismo, aislado totalmente de algún objeto que le robara la posibilidad de ser observado, el retrato de un hombre joven que tenía un agujero en la frente y del cual destilaba un pequeño hilillo de sangre.

Esto lo habíamos visto unos pocos alumnos desde el primer día de clases. En el recreo habíamos explorado nuestro territorio y nos había llamado la atención esa puerta tan distinta de las otras por lo grande y lo envejecida. La profesora de Lengua Castellana, quien era nuestra profesora titular, nos explicó, con cierto desdén, que esa aula estaba destinada a ser la sala de audiovisuales y que, como no habían podido comprarse los aparatos por falta de presupuesto, estaba abandonada a la buena de Dios. Días después le preguntamos en susurros

por el misterioso retrato, nos dijo que le parecía muy raro que estuviera allí, que “era el retrato de un estudiante de izquierda, líder de muchas causas, que había sido asesinado de un disparo en la frente por las fuerzas represivas del Estado”. Agregó que “se le hacía muy raro, pues estaba segura de que el rector lo había encargado para hacerle un homenaje a la familia del finado y que él mismo se lo había entregado a la madre del muerto”. Desde luego, nunca supimos si la profesora se había tomado la molestia de verificar o, simplemente, había pensado que se trataba de un juego de niños. El caso es que lo del cuadro se fue olvidando, aunque yo, todas las tardes, me asomaba a verlo, pues coqueteaba con la izquierda y había hecho del estudiante inmolado un mártir digno de imitar.

Esa tarde, la última tarde en que amé el dibujo técnico, demoré más de lo acostumbrado guardando mis pertenencias, pues los compañeros, a modo de broma, me habían escondido uno de los compases sobre la marquesina de una de las ventanas que daban a la calle. Así que, mientras guardaba en la cartuchera el último de los lápices y silbaba una canción de los Bukis, cuando ya el último de los compañeros estaba alcanzando la entrada principal del colegio, apagaron las luces. Desde luego, una cosa es que apague la luz cuando estamos rodeados de compañeros y otra, bastante distinta, que todo quede a oscuras y uno tenga la sensación de ser el único, no en el salón, sino en todo el piso y el colegio. Pensaba en eso, y en el estudiante con el agujero en la frente —sin poder explicar la aparición de la imagen con completa nitidez en mi mente— cuando algo blando golpeó contra mi espalda. Sobrepuesto de la sorpresa, seguro de que no se trataba de una agresión, me agaché y recogí a tientas lo que me había golpeado. Giré varias veces, esperando la risotada de los compañeros que estuvieran escondidos para jugarme una mala pasada. Pero todo siguió en silencio. Sólo se oía, estoy seguro, el chirriar del candado sobre la enorme puerta, como si algo, desde adentro, estuviera pugnando por salir. Me acerqué a una de las ventanas y, aprovechando un haz de luz que entraba por los postigos, desenrollé el papel y leí un mensaje que entonces no pude comprender: “QUIERO DESCANSAR”. La caligrafía confusa, trazada con algo rojo, no se parecía a la de ninguno de los compañeros, pues de tanto pasar al tablero conocíamos las caligrafías y los errores ortográficos que cada uno era capaz de cometer. Contuve la respiración y esperé las risotadas, o el correr del compañero que me había jugado la broma. Dadas las condiciones del salón, la manera en que cada paso retumbaba por los desolados

pasillos, pensé que así hubieran intentado caminar en la punta de los pies algo se habría escuchado. En cambio, a pesar de toda la concentración que ponía en oír algo diferente, como si los demás sonidos del mundo se hubieran suspendido, sólo me llegaba el chirriar cada vez más fuerte del candado.

Entonces no lo dudé más y salí despavorido, gritando que el señor del retrato se quería escapar del aula de audiovisuales. Ni el celador me creyó, pues inmediatamente subió hasta la sala, linterna en mano, y regresó sonriendo, diciendo que en esa sala no había ningún retrato. Tampoco me creyó la profesora cuando se lo conté a primera hora del día siguiente, ni mis compañeros, que me escucharon contarle entre balbuceos, ni el señor rector, aunque al día siguiente él mismo fue a verificar y, sorprendido por su hallazgo, mandó a recoger el cuadro y dijo que le parecía muy raro, pues estaba seguro de haberlo entregado a la familia años atrás. Así que organizó una nueva entrega solemne del mismo, con sacerdote a bordo, para lo cual invitó a la prensa local con el fin de dejar constancia de que esta vez quedarán registros de la entrega, aunque la familia del estudiante, extrañada, envió una nota excusándose por no asistir, diciendo que lo lamentaban, pero que ya el cuadro reposaba colgado desde años atrás en la habitación que le había pertenecido.